

Las cenas de Vallejo

YO nací un día/ que Dios estuvo enfermo/ grave." Estaría de verdad muy enfermo el señor, ese 18 de marzo, porque la vida del que vagió ese día y fue llamado César Vallejo, fue casi una eterna maldición. "Hasta cuándo estaremos esperando lo que se nos debe." Quizá sea por eso, por no haber sido un poeta educado. Su terrible profundidad, la más alta de su época y entre las más altas del futuro, le resultó antipática, maldita, a sus contemporáneos, muchos de los cuales aún viven obesamente. Su música quemaba hasta el hueso con una llama acerada, extrañamente fría. Muchos escapaban de su lado. Su verdad los espantaba y necesitaban componer el rostro para solicitar su ración de la torta burguesa. Con su cara de zarza patética, poeta diabólicamente flaco para el gusto de nuestra época que los prefiere más orondos y corteses, el cholo Vallejo atravesó la tierra hasta un 15 de abril de 1938, con su hermoso fuego en los hombros rotos. "Me moriré en París con aguacero,/ un día del cual tengo ya el recuerdo./ ... tal vez un jueves, como es hoy, de otoño". Fue un viernes, y llovía. Su osamenta, cansada de venir dando tumbos y crujir ("los húmeros me he puesto/ a la mala...") no dio más y acabó cayendo en la escuálida cama de un hospital parisino. Los galos médicos hundieron sus dedos en la desfalleciente piel morena, donde se veían los huesos como en una vitrina. Hurgaron los órganos, los párpados, los orines, se miraron perplejos. "Este indio no tiene nada", dijeron. Pero se moría. Hasta que el médico jefe de la sala con una sola ojeada olímpica al pasar, diagnosticó: "Estado completo de inanición." Sus subordinados suspiraron aliviados. ¿A quién podía extrañar que un sujeto de tez oscura y para colmo poeta no comiera? Aunque no deja de ser extraño que en esos años los poetas reconocidos comían muy bien en París y otras capitales cercanas. Salvo Max Jacob y Robert Desnos, los demás andaban rozagantes. Casualmente ambos murieron en campos de concentración. Oh, la mala suerte. ¿Orinados por los perros como Vallejo? Hay algo objetivo y comprobado en el peruano genial: un problema de carácter, como dicen. No le gustaban los codazos de la arrebatifia, no intrigaba, no perseguía honores, estaba muy ocupado con la poesía. Y si alguna vez acertaba a pasar cerca de las enormes mesas, ya los platos estaban vacíos. Un cholo tonto, raído y amargo, como su muerte querida y su café. Como latinoamericano cometió en París el error de no llevar la vaca ni convidar champagne. Y muchos lo confundían con un argelino, es decir, un subhombre. Según nos contaba

Raúl González Tuñón, la vida familiar de Vallejo en París fue un drama. Su esposa francesa, Georgette, lo zahería como una bruja pidiéndole un poco de vil metal. Lo cierto es que César lo buscaba desesperadamente, pero nadie le daba trabajo. La misma Georgette escribió hace unos años algo que aclara el misterio. Juan Larrea, un español que se llenó la boca con Vallejo en un foro de la Universidad de Córdoba, lo "ayudó". César caminaba kilómetros hacia las afueras de París para copiar a máquina los mamotretos "poéticos" de Larrea. Este se olvidaba de pagarle las pocas monedas convenidas y entonces Vallejo volvía a pie... y sin pan, pues Larrea en su casona se distraía tanto, que ni convidaba café a su escribiente. Y en la habitación lo aguardaba Georgette, para rematar. "César Vallejo ha muerto, le pegaban/ todos sin que él les haga nada;/ le daban duro con un palo y duro/ también con una soga;/ son testigos..." Esto escribió de sí mismo, un gran poeta, no sólo eso, sino un gran poeta revolucionario: "Solía escribir con su dedo grande en el aire:/ ¡Viban los compañeros! Pedro Rojas." Sus poemas de la guerra civil española, "España, aparta de mí este cáliz", demuestran que un poeta no necesita desdoblarse para escribir "socialmente". Como los poemas de la Comuna, de Rimbaud. Como los versos del húngaro Atila József. El hombre se hace más presente aun, arde entero: "Te diré que han comido aquí tu carne,/ sin saberlo,/ tu pecho, sin saberlo,/ tu pie;/ pero cavilan en tus pasos coronados de polvo/ ... Aquí, Ramón Collar, en fin, tu amigo./ ¡Salud, hombre de Dios, mata y escribe!" En un responso a un héroe de la República: "... sudamos todos, el ombligo a cuestras;/ caminantes las lunas nos seguían;/ también sudaba de tristeza el muerto." Esta crueldad y esta gran ternura, esta real hondura poética, puede brotar solamente de un César Vallejo. El también moría, él tampoco comía. Con algo de Quevedo y Chaplin y el Apocalipsis, Vallejo cantó lo que otros no pudieron por imposibilidad espiritual. "La cólera del pobre/ tiene un aceite contra dos vinagres". Juega con la tragedia como con bolos: "Le ha dolido el dolor, el dolor joven,/ el dolor niño, el dolorazo..." Después de la envidiada y tan ocultada belleza (y tan hurtada por los descuidistas) de "Los Heraldos Negros", "Trilce" y "Poemas Humanos", Vallejo, solito, abrazado a sí mismo, viendo que su vientre se cerró, vació sus pulmones y murió. La Comisión de Defensa de la Democracia puso hermosas flores en su tumba. Pero ya no las podía comer.

JULIO HUASI